

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar, Extranjero, 15 pesetas año.— Nú-
mero suelto, 10 céntimos.— Atrasado, 25.— Cor-
responsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

He aguardado quince días á que algu-
no de los hombres ó de los organismos
importantes, hiciera suya para llevarla
á la práctica, la idea de emitir sellos con
el propósito de reunir dinero, tan neces-
sario á los partidos de oposición. Ninguno
lo ha hecho.

He tenido varias ideas en política sin
llevar personalmente a cabo ninguna,
por creer que otros las realizarían mejor
que yo, ya por su renombre, ya por su
talento, ya por su historia, y siempre me
he encontrado con que el fracaso ha si-
guido al intento; pues aun cuando algu-
na haya cuajado, al parecer, la fusión
entre ellas, en el fondo resultaron todas
desvirtuadas.

Estas consideraciones me mueven, ya
que algunos amigos y correligionarios
se han adherido á la idea, á procurar
realizarla. Y al efecto, me enteraré de
lo que pueden importar las matrices con
los retratos de Orense, Figueras, Ruiz
Zorrilla y Castelar, bien hechas, y el
papel, la tirada y todos los gastos hasta
que estén los sellos en condiciones de
ponerse á la venta; lo haré público en El
Motín, y si los correligionarios contri-
buyen á los gastos de la primera tirada,
los sellos se harán; é si non, non.

La primera tirada podría ser de cien
mil, en esta forma:

	Pesetas
5.000 de á peseta.....	5.000
10.000 de á 50 céntimos...	5.000
20.000 de á 25 ".....	5.000
165.000 de á 10 ".....	16.500
Total.....	31.500

¿Se vendían? Pues se descontaban los
gastos, se hacía nueva tirada (esta ya
costaría muchísimo menos) y el resto se
emplearía en la propaganda que las cir-
cunstancias aconsejasen.

Como pudiera ocurrir que no reunié-
ramos dinero suficiente para los gastos
de la primera tirada, en cuyo caso no la
haramos, ruego á los que piensen con-
tribuir á ella, mp indiquen con qué can-
tidad, sin enviármela hasta ver si la
cosa cuaja. Es enojosa y cara la opera-
ción de devolver dinero.

Una advertencia para concluir:

Agradezco que se me hagan cuantas
observaciones crean los suscriptores per-
tinentes al objeto, á reserva de admitir
solamente aquellas que se ajusten en un
todo al propósito que deba guiarnos.

ADHESIONES

Progreso, ilustrado y valiente semanario
rigido por el incansable y enérgico pro-
pagandista republicano Alejandro Lerroux,
se adhirió á la idea incondicionalmente,
copia lo que dije, y acaba así:

«Pues ya hay 10 pesetas, porque el *Progreso*
aporta las otras 25.»

Y un veterán Nakens para que comience á des-
arrollar su idea, continúa con nuestra colabora-
ción.»

Bajo el título *Buena idea*, dice *La Con-
ciencia* de Badajoz:

«Nuestro querido amigo Pepe Nakens, el luche-
dor infatigable por todo lo que buela á libe-
rrad, é irreconciliable enemigo del clericalismo, entre
otras ideas como suyas originales y encaminadas
á un fin que á todos los buenos republicanos in-
teresa, dice en su último número de su periódico
El Motín.

(Aquí lo que dije):

Conformes con el apreciable colega, y ya hay
también quien ayuda á esos gastos, con ó sin rein-
tegro.»

El *Porvenir Navarro*, de Pamplona, en
un artículo titulado *Año nuevo, vida nueva*,
dice:

«Nuestro muy querido amigo y correligionario
don José Nakens, lamentándose de que hubiera
fracasado una proposición que hizo á la por el año
1892 con objeto de arbitrar fondos cuyo destino
había de ser para acelerar el triunfo de la Repú-
blica, presenta ahora otra, que la vamos á insertar
á continuación para que nuestros lectores tengan
conocimiento de ella, y vean los comités si es ya
llegada la hora de hacer algo práctico. Dice así la
proposición.

(Cópiala aquí).

Por nuestra parte, conformes con la idea, nos
suscribimos por otras veinticinco pesetas á rein-
tegrarnos también en sellos.

No hay más remedio que convenirse, de que
para la guerra son indispensables las tres cosas
que Napoleón pedía: dinero, dinero y dinero. Y
la lucha que estamos sosteniendo contra la reac-
ción, es una verdadera guerra que requiere tener
siempre dinero disponible. Si los enemigos no lo
tuvieran en tan grande proporción como lo tienen,
tampoco nosotros lo necesitaríamos, porque las
armas de la razón nos bastarían para reducirlos á

la nada. Pero ya lo estáis viendo en estos mismos
días en esta provincia. Acosados los reaccionarios
y huyendo en retirada vergonzosa ante lo contun-
dente de nuestros golpes, se parapetan en sus úl-
timas trincheras que son el dinero, el dinero y el
dinero, y desde ellas pretenden tomar la ofensiva
para aniquilarnos.

No pocos guisón, interin reaccionarios, reaccionarios
liberales y patriotas entusiastas, contróis dis-
puestos á luchar como lo venis haciendo.

Pero no es bastante que nos limitemos á con-
batirlos que tenemos dentro de casa; es preciso
que contribuyamos á que en el exterior de la penín-
sula sea también vencida la reacción; y eso sólo
lo conseguiremos cuando tengamos en Madrid go-
biernos verdaderamente liberales; y éstos no los
tendremos dentro de la monarquía, según hemos
visto en los veinticinco años que llevamos de res-
tauración; es indispensable el triunfo de la Repú-
blica, y tanto para mover la opinión con periódicos
y mítines como para dar el golpe decisivo, se
necesita dinero, dinero y dinero.

Y la forma que propone Nakens para conse-
guirlo, es la sencilla como insensiblemente gra-
vosa para el bolsillo. ¿Quién que sea entusiasta
republicano dejará de sacrificarse un día á la se-
mana tomando un sello de diez céntimos en vez
de un vaso de vino ó uno de cincuenta en lugar
de un café?

De cualquier modo que sea, urge hacer algo:
es preciso salir de una vez de esta inacción que
nos reduce á la impotencia y da vida á un estado
de cosas que nos lleva á la ruina y á la vergüenza.

Por lo pronto, no empieza mal el año nuevo.
En Madrid, los diferentes grupos y elementos re-
publicanos han designado ya los comisionados
que han de constituir la junta para la discusión
de las bases de concierto republicano. Es de es-
perar que se llegará á la ansiada inteligencia,
dado el espíritu de concordia que domina en to-
dos los representantes.

No echéis en saco roto la idea de Nakens, ó
propongan otra forma de recaudación si la creen
mejor: mas no olviden que el dinero es el principal
factor para hacer algo de provecho tanto en el
terreno de la propaganda como en el de la acción.

Los republicanos navarros campfiremos como
siempre con nuestro deber.

Aquí, donde tenemos un enemigo muy potente
á quien combatir, no descansamos un momento.
Y si en otras partes no lo hacen, preciso será de-
mostrarles que es necesario luchar, y que deben
prepararse á cambiar de vida con el año nuevo.»

Don Sebastián López, suscriptor de Alme-
ria, me dice:

«Sirvase usted unir á sus 25 pesetas cinco más,
que le enviaré cuando sean necesarias para los
primeros gastos, á reintegrarme en sellos.

Siga usted jalando á los republicanos hasta
poner en marcha esta idea que he de dar maravi-
llosos resultados, empezando por abrir en El Motín
una suscripción para los gastos primeros.»

OTRA IDEA

En mi afán de ver si encontramos el me-
dio de ir á donde debemos, no he de callar
ninguna de las ideas que se me ocurren y
que sean fáciles de realizar. Hace dos nú-
meros expuse un par de ellas. Allá va otra:

Aquí todo el mundo se reúne, charla y
decide; los únicos que no hacemos esto, so-
mos nosotros, los verdaderos zaragozanos,
los que mantenemos vivo el espíritu demo-
crático, los que estamos constantemente en la
brecha; los periodistas.

Los personajes (de algún modo hay que
calificar á los inútiles) únicamente se agitan
cuando quieren algo; ser diputados, conce-
jales, miembros de directorio ó de Junta; y
una vez conseguido, se embozan en su pre-
stada influencia, y á vivir.

Los periodistas, con raras excepciones, se
someten á la disciplina de partido, y defien-
den las soluciones de aquél en que militan;
y aun cuando otra cosa crean en determi-
nados momentos, callan por no desentonar.

De que esto no es conveniente al partido,
harto lo saben ya; de que ni siquiera favo-
rece á la prensa, sobradas pruebas tienen.
Por qué, pues, no acordamos celebrar una
Asamblea, exclusivamente de periodistas, en
ejercicio, para imponer nuestra voluntad en
vez de seguir la ajená? Ya que somos los
que más luchan, los que más persecuciones
sufren, los que más pérdidas experimentan,
¿y por qué no decirlo? los que más fuerza
mandan, hasta el punto de que si la prensa
desapareciese en un día, nadie recordaría á
los ocho que había partido republicano, ¿por
qué no hemos de intentar hacer lo que los
demás no hacen, bien porque no quieren,
bien porque no pueden?

Del interés y del cariño que inspiramos á
los señores que hemos contribuido á elevar,
ó á mantener en la altura, no hay para que
hablar, porque no existen. Reciente está
el abandono en que han dejado los diputa-
dos y senadores nuestros derechos ante la
reacción, permitiendo que sea ley la pro-
posición del carlista Cruz Ochoa, compañero
de glorias y fatigas del cura bandido Santa
Cruz, proposición encaminada á acabar con
la prensa. Es decir, que ni agradecimiento
siquiera les debemos.

Y de lo demás, tampoco hay que hablar.
Pocos periódicos republicanos tienen vida
propia; y si alguno recibe auxilio, nunca es
del correligionario, como tal. El correligionario:
siempre es del amigo particular, que ayuda,
á pesar de ser correligionario. Luego ni aun
desde el punto de vista administrativo po-
dríamos perder nada.

Resumiendo, ya que me dirijo á hombres
inteligentes, que comprendan con pocas pa-
labras.

Una reunión de periodistas republicanos
podría imprimir marcha uniforme y prácti-
ca al partido, siempre que archivaran pre-
juicios, prescindieran de dogmatismos y tu-

vieran este solo móvil: salvar á España.

Claro es que todos trabajamos hoy por
conseguir esto último, creyendo honrada-
mente que es el mejor el camino que cada
cual seguimos. Pero como muchos tenemos
estar engañados, puesto que pas los años
sin llegar al objeto apetecido, hagámonos,
pongamos la inteligencia al servicio de la
voluntad, y á ver si logramos dar al parti-
do, no programas, no jefaturas, sino una di-
rección clara, concreta, definitiva que no
ha tenido hasta ahora, lo que no alcanzará
siguiendo como hasta aquí.

¿Que no lo logramos? Nada habíamos per-
dido por aquello de

Nada teme perder quien nada tiene.

JOSE NAKENS

INFANTICIDIOS

No sólo es sanguinaria la retórica de Sil-
vela; lo es también el espíritu nacional.
Mas que otra alguna, nuestra historia está
escrita con sangre. La santa tradición es
sanguinaria. En ella se ha forjado nuestro
carácter. Aquí se saca la espada, cualquier
cristiano por un quitame y formen pajas.
Los delitos de sangre no desahucian. La
opinión y aun el jurado son como esos ba-
nignos. La paz es tan mortífera como la
discordia. El término medio de la vida es
inferior al de cualquier país civilizado. Nos
morimos de desidia y abandono; hace poco
se dijo en las Cortes que la movilidad es
en el ejército español seis veces mayor que
en otros ejércitos de Europa. Nuestras pri-
siones son verdaderas antenas de sepul-
cro. La higiene no interesa á nadie. La vida
se tiene en muy poco.

Aparte la barbarie, no hay nada que
nuestra educación mística ha debido influir
poderosamente en esta desestía de la
existencia terrenal. No en balde, está re-
petiendo á un pueblo durante muchos siglos
que el mundo es un valle de lágrimas, lugar
de destierro, cárcel del alma y la vida
presente mera preparación para eterna.
En esta religión de la muerte sea forma-
do nuestro espíritu. La religión que la vida
no ha llegado aquí. Por cerrar las puertas
á la heresia las cerramos al Redimiento,
aquel despertar de la pesadilla medieval,
aquel resurgir del culto eterno, la natu-
raleza y de la realidad. Los niños que se
mueren en la Inclusa de Madrid son gran-
des culpables, puesto que han perpetrado
el delito de nacer. Expien, muriendo, el
pecado original. ¿No son, además, los en-
gendros del vicio y del libertinaje? Nues-
tra cristiana legislación ha sido siempre
dura para con esos frutos de urnas ilici-
tas. Mas de cuatro almas pías se tirarán ali-
viadas su conciencia en virtud de esta con-
sideración, del peso del gran crimen colec-
tivo. ¿Dejad que los niños se pierquen á
mí, dice el Maestro. Los cristianos de
por acá no sólo dicen que los niños se acor-
quen al Cristo, sino que se los tiran. Así
interpretan ellos las palabras de E. Evangelio.
«Ángelitos al cielo», como le dije de-
cirse para consolar á las madres por la pér-
da de sus pequeñuelos.

Está también la cuestión de forma. No
sólo es ésta esencial en los negocios de
Estado, sino en todos los demás. Hay cosas
que consisten en la manera de decir. El
Ingenuo de Voltaire aseguraba haber visto en
Roma á un viejo que, vestido con un
traje raro y asomado á un balcón, tenía el
aire en cuatro pedazos: era el papa bendi-
ciendo al pueblo. Para significar el uso del
pañuelo de las narices así como los niños
que los bárbaros de Occidente acor-
tumbramos á guardarnos los bolsos en el
bolsillo. Otras cosas están en la manera de
hacer. Cualquiera de los grandes matachi-
nes de la gloria se hartaría pronto de ma-
tanza si le fuera preciso matar por su
mano á todos los hombres sacrificados á su
ambición; los llevan al matadero que no es
lo mismo. De igual suerte cualquiera de
nuestros interesantes diputados provincia-
les retrocedería espantado ante el que le
propusiera estrangular á uno sólo de los
niños de la Inclusa; ellos cobran sus die-
tas, las amas de cría no cobran los salarios
y los niños se mueren de hambre. ¿Qué ha-
cerle son cosas de la administración.

De estos homicidios indirectos, colec-
tivos, perpetrados á nombre del pte social,
se cometen aquí muchos. Por eso que in-
dividualmente sería incapaz de matar á
una mosca, tiene á su cargo, á título de
funcionario, más crímenes que Calígula,
Nerón y Domiziano. Lo peor es que estas
hecatombes no sólo están exentas de casti-
go, sino aun de remordimiento. Agresor
y víctima son entidades abstradas. El de-
lincente es el ser vago, inencontrable, que
se llama Estado, provincia ó municipio.

La víctima es el ser indefenso; persona
incierta que se llama soldado, penado ó
exposito. En esta generalidad indiferente,
esta noción de responsabilidad personal se
desvanece. Tanto más allá donde esta
noción es de suyo tan bamba y indecisa,
como lo prueba el que sigue gobernando
triunfalmente los que con su nombre el sa-
crificio luctuoso y estéril de tanta una ge-
neración.

Quince pesetas cobran al mes, mayor las
amas externas de la Inclusa de Madrid.
Pero entre esta espléndida remuneración y la
que debe percibir, surge al punto el in-
pensable intermediario. Es el eterno intru-
so que encontramos en todas partes. El no

coosecha trigo ni amasa pan, pero acapara y
se enriquece. El no engorda reses ni expen-
de carne, pero se interpone entre el gana-
dero y el tablero para hacer su agosto.
El no tiene huerta, ni vende verduras, pero
se ingiere entre el hortelano y la verdulera
para mermarles la ganancia. Del propio
modo no da á los incluseros el pecho ni el
biberón, pero se las arregla para hacer á
expensas de su desamparo. Es la gran en-
lidad económica, el odioso personaje
que, sin prestar servicio alguno, causando
á todo perjuicio, se enriquece á expen-
sas de todos. En el caso de las amas de la In-
clusa, como en el famoso de los abonados
de Cuba, la rapacidad del intermediario
nace de la complicidad de la administra-
ción, de esa libertad singularísima que
sólo el poder público impunemente se per-
mite, de no pagar lo que debe.

La deuda de la diputación de Madrid
para con las amas de cría ascendía á fines
de 1898 á cerca de novecientos mil pesetas.
Esta cifra recuerda á la de ocho millones
largos que aún adeudan los municipios de
España á los maestros de instrucción pri-
maria. Hasta los más acérrimos enemigos
de la descentralización verían con gusto
que el Estado se hiciera á lo menos subsi-
diariamente responsable del pago de estas
deudas de honor. No es este problema de
centralización ni descentralización, de uni-
tario ni regionalismo. O no hay Estado
nacional, ó á él corresponde supremamente
el ejercicio de la función tutelar sobre los
niños y los huérfanos. Pero esta adminis-
tración absorbente y avasalladora, invaso-
ra, minuciosa, cominera, esta administra-
ción que en todo se mete para no dejar ha-
cer á nadie lo que ella no hace, se detiene
respetuosamente ante la ignorancia y la
muerte de los niños, temerosa de comerse
el asador de las libertades locales. Dejar
que cada comarca arregle como mejor lo
entienda los asuntos que son de su exclu-
siva incumbencia, eso no puede ser. La
verdadera libertad provincial y municipal
consiste en permitir á los ayuntamientos
que no paguen á los maestros, y á las dipu-
taciones que dejen morir de hambre á los
expositos.

Verdad que es lo que dirá Villaverde:
El Estado no puede cargar con todo. Si él
pagase á maestros y nodrizas, ¿quién se
encargaría de pagar á generales, embaja-
dores y arzobispos?

ALFREDO CALDERÓN

YA SOMOS TRES

Tampoco por esta cuarta vez ha cu-
jado mi proposición de que nos reuná-
mos en cualquier punto los republicanos
sin sujetarnos á elección ni plan precon-
cebido. Solamente dos queridos compa-
ñeros, *Progreso* y *Don Quijote*, ambos
de Madrid, se han manifestado conformes
con la idea.

El primero se adhiere sin reservas, y
dice:

«Estamos de acuerdo. Nada de Asam-
blea deliberante ni constituyente.

Una reunión para discutir, conocerse,
exponer ideas ó iniciativas, enardecer áni-
mos, resucitar esperanzas y decir sincera-
mente lo que cada cual estime como ver-
dad.»

El segundo vota en pro de la idea y
reproduce el artículo.

Si por la calidad es grande la adhesión,
por el número nada podemos intentar
hoy. Pero en fin, menos respondieron
antes.

Confíemos en que la idea se abrirá
camino, y en que la necesidad obligará
á ponerla en práctica algún día.

Hasta tanto, reciban las gracias por
su apoyo *Progreso* y *Don Quijote*.
Y esperemos.

LO MISMO DA

Según un proyecto de ley que los peri-
dicos han hecho público, se quita al tribu-
nal del Jurado la facultad de entender en las
causas que se instruyan por delitos contra la
gente de Iglesia.

Aparte la intención del gobierno, que es
la de favorecer á los necos y congraciarse
con el ultramontanismo, la reforma de esa
parte del Código no es una desgracia, ni
constituye mayor peligro para los que cen-
suramos los actos del clero y la intromisión
de la Iglesia en funciones que no le son pro-
pias.

El Jurado, institución popular y democrá-
tica, planta exótica dentro de la actual situa-
ción, que sólo puede funcionar con rectitud
é independencia bajo el régimen político que
le es propio, no ha sido hasta ahora nada
benévolo con los que fueron al banquillo de
los criminales acusados de tales delitos; y si
de todos modos los delincuentes por esas cau-
sas habían de ser condenados, lo mismo da
que lo sean por jueces de derecho que con
ello cumplen su misión y su oficio aplican-
do firmemente los artículos de la ley, que por los
apreciables y honrados tenderos é industria-
les que constituyen generalmente el tribunal
de hecho, llenos de todos los prejuicios, hi-
pocresías y timideces que son propios de

gentes que tienen forzosamente que vivir
dentro del actual convencionalismo, y que,
además, ni tienen apenas conciencia de la mi-
sión que deben cumplir, ni ilustración nece-
saria para juzgar de asuntos que están, la ma-
yor parte de las veces, fuera del alcance de
su inteligencia.

La reforma, pues, por lo que se refiere al
riesgo que puedan correr los que sean acor-
sados por ataques á los clérigos y á la Iglesia,
no tiene importancia alguna. Tipela única-
mente por las tendencias manifestadas, que se
ven en estos gobernantes, entre los que hay
por lo menos tres que deberían ser sacrista-
nes en lugar de ministros, de aparecer como
sumisos servidores del jesuitismo y de los
elementos clericales y reaccionarios, dando,
por complacerlos, al traste con todo lo que
pueda constituir molestia y disgusto para las
gentes de Iglesia, que no creen su influencia
ni su preponderancia aseguradas del todo en
este pobre país que explota y embrutece,
hasta no ver arrastrando cadena en los pre-
sidios á todos los escritores anticlericales y
suprimida toda la prensa que no sea católica,
ultramontana ó carlista.

Pero no lo verán sus ojos. Ni los trabajos
de zapa del jesuitismo, ni las brutalidades
frailunas, ni las predicaciones rabiosas del
clero, ni la saña é intransigencia del episco-
pado, apoyados por las complacencias ser-
viles del gobierno, podrán impedir que las gen-
tes se enteren de lo que son unos y otros y
para lo que sirven sus prácticas y actos dis-
frizados de religiosidad.

Recursos de sobra quedan al buen deseo,
al ingenio y á la inteligencia de los que han
de proseguir en esta labor, para hacer pro-
paganda anticlerical en beneficio del país y
de las gentes sencillas, sin cometer la estu-
pidez de caer bajo la acción de los artículos
del Código puestos al servicio del ultramonta-
nismo.

No se combatirá á los presbíteros. Ni
falta que hace. Las gentes de buen sentido
ya saben cómo han de pensar acerca de
esas materias. A los beatos de oficio, á los
hipócritas por conveniencia no ha de con-
venecerse de lo que en la intimidad de sus
conciencias sucias están convencidos.

No se atacará á la Iglesia. ¿Para qué, si
sus mismos servidores y adeptos se encar-
gan de desprestigiarla con su conducta poco
ajustada á las máximas evangélicas y con su
afán de acaparamiento y ostentación de ri-
quezas?

¿Qué artículo periodístico puede hacerla
más daño que el que se hace ella misma ex-
hibiendo ante los fieles, entre los que hay
muchos pobres desarrapados y hambrientos,
custodias cuajadas de brillantes que valen
dos millones, como recientemente se ha he-
cho en un templo de Madrid?

¿Qué mayor propaganda que la crónica
escandalosa que diariamente arroja al públi-
co la conducta y la vida de la gente clerical
y monástica?

Cuiden de arreglar su conducta; de que
sus soberbias, sus avaricias y sus malas artes
no trasciendan tan frecuentemente al público,
para escándalo de beatos y regocijo de im-
píos, y déjenlos de recabar de estos gobier-
nos desacreditados medidas represivas y
complicidades humillantes, porque con ellas
no lograrán su objeto, y menos aún si éstas
nos tienen tan sin cuidado como la última
que han obtenido.

JOSÉ CINTORA

PRENSA Y CACIQUES

El *Clamor Zaragozano* está soste-
niendo una lucha terrible contra los
reaccionarios. Oigámosle:

«Seis meses de existencia lleva *El Olla-
mo*, y desde el primer día se encontró ro-
deado de enemigos. Por una parte los po-
líticos monárquicos, por otra los indife-
rentes, por otra el jesuitismo y los frailes, por
otra el clero ultramontano con el arzobispo
Aldá á su cabeza, y por último los santones,
los célebres y más célebres prohombres del
partido republicano con sus pesimismo, con
su desdén, con su negación completa á todo
esfuerzo, á todo sacrificio.»

«Vergüenza da decir los medios rastre-
ros de que los titulados amigos y correligio-
narios se han querido valer, y se han vali-
do en ocasiones, para ver si lograban hacer
el vacío al rededor del único periódico de
esta localidad, y hoy uno, mañana otro, ya
dentro, ya fuera de la misma, se fueron
dando de baja personas que estaban en el
caso de haber subvencionado la publica-
ción.

Se ha hablado con algunos de los más
encomendados, se les ha hecho presente el
estado económico de la administración de
El Clamor y la importancia y necesidad de
nuestro periódico, y se han enojado de hom-
bres y se han negado á todo auxilio.»

«Nada nos extraña de los señores que
trataron de comprometer al partido para
hacer la política del señor Moret cuando
las cuestiones de Omba, y que se declara-
ron nuestros enemigos porque se les des-
cubrió el juego.»

«Ese clamor amargo de *El Clamor*, es
el de toda la prensa republicana, única
que, como organismo, cumple con su de-
ber, y sin la cual nadie sabría ya que
existe el partido.

Puede haber, y hay (yo puedo atesti-
garlo y lo haré en su día) alguna in-
dividual que piense, sienta y se sacrifi-

en; pero el conjunto de los aspirantes a personajes y personajillos en cada localidad, esa es una tropa mezquina, sin convicciones, inútil, despreciable.

Mientras la prensa no se mete con los que forman esa tropa, se dignan presenciar el concurso ridículo de su estúpido silencio; en cuanto les alude o no secundan su labor de escarabajos, apelan a todos los medios para crear dificultades. ¡Microbios endiosados!

¡Duro, pues, queridos compañeros, en esos caciquillos de Junta ó Comité, incapaces para lo grande y especialistas en lo pequeño; nada perderá el partido al inutilizarlos, porque nada valen en realidad y para menos sirven, como no sea para mantener divisiones, matar iniciativas y sostener organismos aporuguesados, con nombres rimbombantes y propósitos huecos.

Hace mucho tiempo que vengo trocando contra el caciquismo republicano, mil veces peor que el monárquico; éste, al menos, sirve a los suyos. ¡Juzguese, por lo tanto, con cuanto gusto verá que la prensa va conociendo ya á los señores que representan ese caciquismo, por más que no se atreva todavía á dar sus nombres y apellidos y las mamarrachas que han cometido.

¡QUE SE CASEN, QUE SE CASEN!

El Papa ha concedido á los curas de América permiso para casarse, siempre que el cuerpito les pida matrimonio.

Quando lo ha hecho, él sabrá por qué, y no le he de propasar a censurarle sabiendo que recibe inspiraciones directas de allá arriba; pero sí he de advertirle, con todo el respeto debido, que no es muy equitativa su determinación. ¡Por qué han de poder casarse los curas de América y los de Europa no!

Aparto las razones de conveniencia y moralidad que así lo aconsejan, yo quisiera que los curas de España se casaran, por los buenos ratos que iban á proporcionarme.

Y conste que si este cura fuese cura no me aprovecharía del permiso, porque pertenecería al número de los que abasten de flores místicas á EL MOTIN, ya por infringir el mandamiento que sigue al quinto, ya por faltar al que precede al décimo.

Me sublevo ante la idea de que yo, siendo cura, pudiera unirme sacramentalmente á una señora, dándole así derecho á fiscalizar mis pasos, á juzgar mis actos. ¡Valiente vililla me esperaba!

«Que si al volverte en el segundo dominus vobiscum miraste fijamente á la hija del alcalde.» «Que si tardaste mucho en confesar á la boticaria.» «Que si la médica intrínseca en la sacristía no estando yo, voy á á tretearte el alzaquello... puesto.» «Como te tardarías otra vez con las hijas de María, y á saber quién es la hija de mi madre.» ¡Pierdo todo esto á diario, amenizado con voces descompuestas, ó injurias en buen uso... No, no me expondría yo á soportar una existencia de esa clase.

También tendría que renunciar á pasarle paternalmente la mano por la barbita á las niñas de diez á doce años que acudieran á que yo les enseñase la doctrina cristiana; y á visitar á las viudas guapas para consolarlas en sus tribulaciones; y á pasar un rato en ausencia de su marido con la Presidenta de tal ó cual cofradía; y á matar dos ó tres horas todas las tardes al lado de las Hermanitas del Asilo; y todo por temor á que mi cónyuge entrara en escena de improviso y armase una escandalera monumental con cualquiera de ellas.

Para evitar disgustos me vería obligado á hacer una vida monótona, á contentarme con el chocolate, el cocido y el conejo del hogar; á no salir de paseo por las tardes, ó salir con un nene de cada mano, marcando el paso al de mi señora en vísperas de lanzar otro al mundo; á consentir que me tomasen cuenta de los responsos que echara, de lo que había cobrado por tal bautizo, de lo que me había producido tal entierro; á entregar á la dueña de mi albedrío la llave de los capillos para que ella se encargara de traducir en colectines para los rosos el dinero que las buenas almas hubiesen depositado en ellos para redimir á las del purgatorio; á pasar, en fin, por todas las molestias y contrariedades del desdichado que tiene más obligaciones que medios para llenarlas.

Y no quiero entrar en otros detalles inherentes al estado; por ejemplo, el de estar defendiendo nada, y avisarme á media voz el monaguillo de que mi esposa, á quien dejé apuradilla al salir de casa, estaba en aquel momento llorando risas pasadas y reclamando desesperadamente mi presencia. Conflicto entre dos deberes, que me obligaba á aligerar en lo posible la sagrada ceremonia.

Otro detalle: la noche de autos, mi presbitera se agrava y el recién nacido boberri; y mientras el sacristán va á llamar al médico, yo tengo que cargar con el angelito y pasearlo en calzoncillos, balastrán y solideo, maldiciendo la hora nefasta en que se me ocurrió dar mi blanca mano á la presbitera que gime en el vecino lecho.

Por estas razones, y otras que me reservo, no sería yo, lo repito, quien aprovechara el permiso del Papa; pero esto no quita para que, no siendo yo presbítero, me alegrara de que se casasen los españoles. ¡Poquito que me divertiría viendo á uno por esas calles con una recua de chiquillos, el ama de cría al lado, la cara aburrida y contestando maquinalmente á las preguntas estúpidas

del angel de 120 kilos que iba cogido de su brazo! ¡Y no digo nada si un día tropezase con alguna pareja de esas, entre otra de guardias de la conducta á la prevención, por haberlo ella arañado á él la sagrada circunferencia en un arranque de celos! ¡Ella, desmelenada, furiosa, tratando de reducir en lo de los arañazos, noble desseo que los guardias le impedían realizar, y él con el bonete torcido, el manto arrugado y los zapatos de paño en chancleta procurando persuadirla de que se había engañado!

Ver eso, ó algo de eso, y morirme... á los cincuenta años de haberlo visto, es, en el instante que escribo, mi única aspiración, mi anhelo más vehemente. Que el Señor me atienda.

ALIMENTACIÓN Y ABRIGO

He aquí lo que el doctor Calatraveño ha dicho acerca de la alimentación de Madrid:

«Cuando el invierno empieza á extremar sus rigores, cuando el pobre sufre las consecuencias de tan terrible estación, los artículos de primera necesidad han experimentado en Madrid una subida de precios escandalosa.

Verdad es que disfrutamos de unas autoridades—en el nombre—tan sumamente celosas, que bastó que cuatro horteras protestaran porque se daban al público los nombres y domicilio de los ultramarinos que expendían alimentos adulterados, para que cesara de publicarse la lista en cuestión, que al menos avisaba al infeliz consumidor para que huiera del sitio donde la muerte le acechaba, metida en una lata de sardinas, ó emboscada en un flamante salchichón hecho con putrilago de burro ó mula, muertos tal vez de enfermedad infecciosa.

La carne, el pan, el vino, el bacalao, el aceite, todo ha subido de precio, y el infeliz obrero que mal abrigado, aterido de frío, sale de su humilde bohordilla, para trabajar de sol á sol—expuesto á una caída, ó á una mutilación dolorosa, no tiene el triste consuelo de encontrar cuando regrese á su infesta habitación una misera sopa con que calentar su desfallecido estómago, una taza de caldo si cae enfermo, un pedazo de pan para entregar á sus hijos que con cadavérico semblante salen al encuentro del autor de sus días.

Los diez ó doce reales, que por término medio, constituyen el jornal de nuestros obreros de todas clases, no son suficientes para llenar las más apremiantes necesidades de la vida; un bocado de pan que tome cada individuo se llevará la tercera parte del jornal, y son bastantes ocho reales que restan, para comer algo más, para vestir y pagar una bohordilla? No, y mil veces no; es preciso que nuestros gobernantes, que miran todo con glacial indiferencia ahitos de buenos alimentos, embutidos en ricos abrigos, y calentados por el fuego de monumentales chimeneas, se acuerden un poco del pobre, del desvalido, de la anémica obrera, de los pobres niños que en estas mañanas heladas de Diciembre carecen de sol porque no llega á sus tugurios, de aire porque viven en sótanos ó nichos oscuros, y que además no pueden alimentarse porque los artículos de primera necesidad están fuera de su alcance, y les obliga á reponer sus fuerzas con hortizas, legumbres ó alimentos malsanos, que producen más tarde el contingente de horribles mortalidades por tuberculosis que se registra en Madrid, atribuido por nosotros desde hace mucho tiempo á dos causas principales: la insalubridad de las viviendas, y la falta de alimentación conveniente, que sufre la inmensa mayoría de sus habitantes, especialmente los que pertenecen á las clases obreras.»

El cuadro es acabado. ¡Pero quién se ocupa de eso?

Vivan bien los privilegiados; derróchese en levantar conventos el dinero que debería emplearse en dotar escuelas; vayan ríos de oro á la Compañía de Jesús; páguense espléndidamente servicios inútiles, ó que no se prestan; ciérranse los ojos ante las ocultaciones de riqueza; permítase á las Compañías privilegiadas comerse al país; sirva la justicia á los fines de la política; apabállese la ley; manténgase en pie todo lo que nos ha traído á la deplorable situación en que estamos, y qué importa el que se mueran sin pan y sin abrigo la niña enferma, el anciano desvalido, la joven anémica y la madre sin medios de vida?

O somos ó no somos un pueblo emigente-mente católico.

Además, ¿qué cuidado puede darnos que acumban todos los pobres, mientras se publiquen noticias como esta?

«Los accionistas del Banco de España han cobrado un dividendo de un 25 por ciento.

La Tabacalera ha repartido á sus accionistas un 19 por ciento.

Desborda el dinero en las cajas de las Sociedades que explotan el agio, los monopolios y los vicios nacionales.

En un año la Tabacalera ha subido cerca de 150 enteros. El Banco en pocos días ha cotizado sus acciones con beneficio de 20 enteros.»

¡Barbaros al frente!

Hasta La Época, periódico nada sospechoso para los católicos, se ha creído obligado á escribir lo siguiente, ante la barbarie del clericalismo:

«Personas interesadas y unidas por lazos de amistad con la difunta Faustina Villanueva, que víctima de un accidente falleció el 29 del pasado mes de Diciembre en la Casa de Socorro, nos manifiestan que el juzgado de guardia del distrito se ha negado á concederles licencia de enterramiento civil que aquellos solicitan, por constarles que la difunta no profesaba la religión católica, permitiendo insepulcro el cadáver de aquella en el depósito municipal, á pesar de los días transcurridos. Los mismos individuos no han podido ver al juez municipal, á pesar de los esfuerzos que para realizarlo han practicado. En el juzgado de guardia tampoco se ha querido admitir la denuncia que han tratado de presentar.»

Y yo le pregunto al compañero: ¿Puede presumir de civilizada la nación donde eso ocurre? ¿Tiene derecho á exigir respeto á las demás naciones?

Como La Época no me contestará, me anticipo á decir que en los países más salvajes se guarda á los muertos más conside-

raciones que en éste embrutecido y dominado por la chusma necia; y que el día que las naciones civilizadas quieran justificar la invasión de España, no faltará esta nota:

«Sus habitantes son tan bárbaros, que negan enterramiento al que no es católico en lo que llaman su religión; otros los entierran á campo raso para que las alimias los destrocen; otros los exhumian violentamente, y hasta se cree que están ya preparándose para asarlos y comerlos con mucho gusto y fina voluntad.»

LA MISERIA COLECTIVA

Sobre destituir de su cargo al director de La Luz de Clases, de Bilbao, los socialistas han alreído al pobre Valentín Hernández en toda la prensa española. De hoy más, el compañero repudiado no logrará acomodo decoroso para su persona sin inmaculado para sus hijos. Los socialistas, la ralea mal oliente que pregona á campañería la necesidad de confraternizarse, no ha cillado en deshonrar públicamente al compañero toda la vida, al que fundó con Facundo Perreguía la agrupación bilbaína, á un hombre que por amor á la causa de los suyos, no tuvo repugnancia en concitar sobre su persona los odios menudos de los burgueses vizcaínos...

Valentín Hernández era hasta hace poco un prójimo entre los socialistas de Bilbao. Le quería porque era valiente y abnegado, y porque su trepar desde la modestísima condición de obrero manual á la de escritor brioso y discreto, le hacía el ejemplo de la vida. En los telegramas que, en la prensa, se dice que Valentín Hernández, al volver no sé qué fondos.

«¿Por lo disparatado, me ha hecho reír? ¿Fondos de la agrupación socialista? Cualquiera pensaría que tiene aquel núcleo obrero la caña de Baier. Después de todo, si el hecho es cierto, bien que el delito se haya consumado en proporciones modestas, no tenían los socialistas por qué deshonrar al compañero en toda España. Conspirarle de la asociación bastaba. Y á mayor abundamiento, los socialistas, que han visto con indiferencia la prisión y el destierro de su compañero, por el enorme delito de defender con logros atrevidos la causa de los humildes, ¿cómo debieron considerar, en la claudicación del perdidista, el fenómeno social que encubre: la necesidad de atender á su familia con pocos recursos.

A cuenta, pensaron los socialistas vizcaínos quería más airoso el conquistar fama de justos sacando á un amigo, y no les contuvo ninguna consideración personal. Gracias á la afrenta de Valentín Hernández, se sabe en España que los socialistas de Bilbao no consienten que se malversen los fondos de su caja. Esa intranquencia y ese prurito de honradez con que pretenden lucirse la agrupación socialista de Bilbao, sólo prueba una coquetería de los hombres en grupos son todavía más bajitos individualmente. Después de muchos años de duda, he adquirido ahora ese convencimiento.

(Globo).

El ejército alemán se compondrá el año actual de 80.556 sargentos y 491.136 soldados.

El español se compondrá de 80.000 hombres, entre sargentos, cabos, soldados y músicos.

Esto nos ganan los alemanes, pues restan con 491.692 individuos de tropa más que nosotros. ¡Pero le que es en oficiales!

En ellos 23.850 para mandar sus muros soldados; pero nosotros tenemos también 23.000 y pico para mandar los pocos nuestros.

¿Qué cada oficial de ellos manda solamente 24 soldados; mientras cada uno de los nuestros tiene á su órdenes nada menos que tres y pico.

¡Pra que nos vengán en adelante aturdiendo los oídos con lo de la perfecta organización del ejército alemán!

La religión de la seda

Bitá abrir el Evangelio por cualquiera de sus páginas para convencerse de que Jesucristo puso todo su empeño en que constase que andaba una religión en que los motores que hablan de impulsar y dar fuerza y triunfar de los obstáculos eran la humildad y la pobreza.

En corrido los siglos y tan otros han sido los errores seguidos por el clero y las órdenes religiosas, que hoy se puede hacer esta rotunda afirmación: sin seda no hay catolicismo posible.

Si el Papa le quitáis el trono de terciopelo, el silla gestatoria de raso, la capa de moiré, las sandalias bordadas y la vistosa faja de adre fleco, le habeis quitado el pontifical. El Papa sin seda, no es el Papa.

Los cardenales, apenas son creados, reciben en solideo y birrete de púrpura seda, y de ella forman todo el vistoso traje como señal que están más cerca de Jesucristo en la Iglesia.

Los presbíteros no tienen más anhelo ni dorado sueño que vestir la seda de un traje coral.

Pien y obtienen privilegios para usar sedeo lúbrico fuera de la catedral á que pertenecen, y cuando obtienen la mitra pueden decir que han llegado á la perpetuidad de la seda. Ya la usan en la iglesia, en casa y en la calle.

El culto católico es el culto de la seda.

Las imágenes de Cristo y de la Virgen no logran adoración ferviente de los fieles sino envueltos en seda.

La histórica Virgen del Pilar no admitía, al parecer, vestido alguno; pero la devoción de los cristianos no podía conformarse con que allí no hubiera seda, é inventó que desde los pies de la escultura bajasen unas faldas de seda cubriendo parte de la columna.

Nuestra Virgen de la Almudena de Madrid, cubierta tuvo la artística y antigua talla por costosos mantos de seda, y cuando el buen gusto artístico del sacerdote don Gerardo Múll de la Cerda logró que la imagen se despojara de sus vestiduras, los fieles devotos y el clero protestaron y dijeron que jamás la Virgen de talla lograría la veneración que envuelta en vistoso ropaje de seda.

En Sevilla son las procesiones expositivas, por cierto magníficas, de mantos y túnicas de terciopelo y raso que cubren maravillosos bordados.

Los ornamentos del culto católico no los podemos ni aun imaginar sino de seda, y de seda cubrimos las paredes del templo cuando celebramos una solemnidad religiosa intentamos.

De seda son las casullas, de seda las dalmáticas, de seda los siales en el presbiterio, de seda los reclinarios episcopales, de seda las capas pluviales, de seda los sobre-hombros, de seda las mitras, de seda las colgaduras, de seda la púrpura cardenalicia, de seda las sandalias de los prelados, de seda los cíngulos, de seda las vestiduras del Papa, de seda las cubiertas de los misales; todo de seda: sin seda no hay nada en la católica Iglesia.

Contestación, pues, que debe darse á Jesucristo cuando pregunte si se le acata en el mundo:

«Señor: ¿quisistéis una Iglesia en que lo fuera todo la pobreza? Nosotros hemos hecho con vuestro nombre una religión en que lo es todo ¡la seda!»

GIL BLAS DE SANTALLANA

Caridad á plazo fijo

Mamerto (seudónimo de un literato de enjundia) se burla de la caridad aparatosa á fecha fija, es decir, en días determinados, y escribe á propósito de lo que ocurrió la pasada Noche buena:

«Para socorrerle (al hijo del trabajador), hay dos procedimientos: ó entenderse con él ó con su padre. Entenderse con la criatura que no sabe lo que se pesca, es muy fácil. Mandan ustedes un juguete ó una libra de pastas al «Blanco y Negro», les extiende su recibo y la bendición episcopal, el niño recibe su golosina y su juguete, y se pone tan contento, el periódico publica los nombres de ustedes, ganan ustedes un buen pedazo de gloria eterna, son bien quistos en su parroquia, les salen bien los negocios, etc., etc.

Entenderse con el padre es más difícil. Dice que el juguete dura un día y las pastas una noche, que el niño necesita como trescientos sesenta y cinco días con sus noches, que el juguete no evita que el niño vuelva á sentir hambre y frío el día 25, y que, en resumidas cuentas, lo único eficaz es subirle á él el jornal y educar gratis al chico.

Esto resulta un poquito más caro, no es «poemático», no halaga la vanidad... Pero conduce á la España trabajadora (hoy tiene más cuenta ser «golfo»), á la España instruida, fuerte y próspera.»

El comentario á todo esto me lo da hecho Gómez (arrillo en una de sus Crónicas:

«¡Oh caridad pública, cuantos crímenes se cometen en tu nombre!»

Y lo que es más criminal aún, añado yo: «¿Cuántas farasas?»

Impecables todos

Pues, señor, quedamos en que las autoridades civiles, militares y hasta las eclesiásticas, son ya en España perfectos modelos en su clase.

Y en que, después de promulgada la ley que así lo reza, y que han dejado pasar sin oposición los integerrimos, eximios, patriotas, ilustres, sabios y enérgicos diputados republicanos, todas las autoridades civiles son inteligentes y honradas, todas las militares aptas y valerosas, y todas las eclesiásticas desahogado de virtudes teológicas, cardinales y hasta carlistas.

Lo malo sería que, á pesar de esa ley, las autoridades civiles continuaran cometiendo barbaridades, las militares perdiendo Colonias (si las hubiera), y las eclesiásticas acaparando dinero por todos los medios, persiguiendo á los curas desvalidos y preparando la guerra civil.

Pero, en fin, algo se ha adelantado: que nadie sepa lo que son, ni lo que hacen, para que puedan, si así les agrada, ser peores de lo que hasta aquí han sido.

Y así llegaremos más pronto á la regeneración por todos apetecida.

Leo en un periódico monárquico, que el Gobierno ha renunciado á la esperanza de obtener, con el asentimiento del Sumo Pontífice, reducciones de importancia en las cargas eclesiásticas.

Si hubiera hecho lo que yo, no tenerlas nunca, habríase ahorrado el perderlas.

El Papa quiere mucho á España, esto es indiscutible; mas no por esto ha de exigir-sele que, en atención á lo mal que estamos, robe ni un céntimo de lo que cobran del Prespuestado los obispos (de cuatro á ocho mil duros anuales por barba) aparte otras entradas que elevan para algunos á 30.000 duros aquella cantidad.

Una cosa es el amor y el dinero es otra cosa.

UN CASO...

Hay en Zaragoza, como es fuerza que existan en todos los pueblos del mundo cuya religión explota el aprovechado catolicismo, una nutrida serie de cofradías y santas hermandades dedicadas á la piadosa veneración de ciertos y determinados santos y vírgenes de todos los colores y categorías. Fundadas y mangoneadas tan santas asociacio-

nes por el clero, excusado es decir que cuanto buenas monedas se recauda entre los hermanos, á ingresar, casi enteramente, á los bolsillos de los señores sacerdotes católicos dedicados á preñar á los fieles, como medida segura de ganancia, el desprecio de las riquezas terrenales.

Pues, bien; á una de esas santas cofradías, tan buenos y sanos recursos proporcionan en Zaragoza á los humildes ministros del Señor, pertenecía un miembro queridísimo de mi familia allá por los años de gracia monárquico-republicana de 1875 á 1879, y cuando á la sazón contaba yo de 10 á 12 años de edad.

La cofradía en cuestión denominábase, si no recuerdo, «Santa Hermandad de Jesús Nazareno», y era precepto reglamentario incluir para cuantos hermanos constituyeran la pia asociación, además de contribuir religiosamente por supuesto—con la cuota al efecto establecida á los gastos del culto y fiestas verificadas anualmente en honor y para glorificación del Redentor del mundo, albergar por riguroso turno y durante un año entero en sus viviendas respectivas una imagen icónica del Nazareno, propiedad de la «Santa Hermandad».

Para tales efectos, establecíase un riguroso turno de antigüedad entre todos los cofrades, y anualmente se nombraba un ayo mayor ordenado encargado de hospedar en su domicilio particular la sagrada imagen, vengido positivo de pingües beneficios para los señores sacerdotes de la atunada parroquia de San Felipe, iglesia en la que tenían establecido su domicilio social de devoción los piadosos cofrades.

Así las cosas, quiso la suerte que nos tocara á nosotros la vez, y que, por lo tanto, víramos honrada nuestra humilde vivienda con la celestial presencia de la milagrosa imagen, durante todo un año.

La inmensa alegría que produjo la entrada posesional del santo en nuestro domicilio, no es para describir. Aquel día soleado todo flameaba en torno nuestro alegre regocijo. La calle estaba bullente de concurrencia y engalanada con arcos de follaje y barcos y globos de papel pintado.

Hallábase invitada nuestra casa por una agitada multitud de beatas y beatos, curiosos y cofrades que no cesaban un sólo instante de admirar y ponderar con exagerado encomio el lujo regio que habíamos instalado la sagrada imagen del Nazareno; los balcones lucían vistosas colgaduras; la puerta de entrada, llena de plantas y de flores, asemejábase á un mazo churrigueresco; y la música, el incienso, las luces perfumadas y la loca animación del barrio, teníanlos á todos deslumbrados y en constante mareo...

La cosa no era para menos; teníamos al Señor de tierra y cielo en nuestra compañía, y era necesario demostrar nuestro profundo agradecimiento echando, en obsequio al huesped celestial, la casa por la ventana.

Mas, como todo tiene fin en este picaresco mundo, tuvo también la piadosa zambra de los hermanos; y tras tres ó cuatro días de fiestas bulliciosas, de procesiones solemnes, bailes, cantos, serenatas, iluminaciones, cuecacas, entalagados y gigantes y cabezudos, al fin nos dejaron en paz en la celestial compañía del santísimo Nazareno... En el mejor sitio de la casa, sobre tallado retablo y bajo regio dosel, fué colocada la imagen de Jesús, y la piedad católica de mi muy virtuosa abuela no descansaba un instante, ni de día ni de noche, á fin de que no se extinguiera prematuramente la lámpara con que perpetuamente pretendía alumbrar el sencillez fanatismo de los cofrades, la representación idolátrica del que suponían hijo santísimo del Creador del sol...

Todas las semanas era mudado el Nazareno icónico de camisa, ni más ni menos que si se tratara de un ser viviente y racional. Se le cepillaban con diaria frecuencia las ricas vestiduras y se le peinaba y perfumaba cuidadosamente la lengua peluca...

De prodigar á Jesús todos estos exquisitos cuidados, estaba voluntaria y honoríficamente encargada mi casinosa y anciana abuela paterna, y para tales su solicitud y esmero, que se olvidaba de todo por atender al ídolo, y con gran frecuencia quedábase extasiada horas enteras contemplando con arrobador embalse las hermosuras artísticas del huesped celestial.

El tamaño de la imagen era algo más del natural, pues que media muy cerca de dos metros de altura y presentaba un aspecto magníficamente gallardo.

Los brazos del colosal Nazareno, sujetos al cuerpo por tornillos, podían elevarse y ser bajados á voluntad. Así es que un día, en ocasión en que mi muy católica abuela paterna, como de costumbre profundamente engolfada en su ocupación favorita, esto es, en «pulir al Señor, como ella respetuosamente maba, sucedió lo que voy á referir a continuación:

Á la sazón tenía yo colocada sobre mi cabeza la peluca del santo á fin de que mi piadosa abuela pudiera peinarse con mayor facilidad y esmero, mientras que la venerable anciana ocupábase con arrobador embalse en arreglar lo más airoso posible los pliegues de la nueva y riquísima túnica de terciopelo morado y galeón de oro que acababa de poner á la santa imagen; y, como ya hemos indicado anteriormente, que los brazos del Nazareno icónico, eran perfectamente móviles, sin duda alguna á fin de facilitar la operación en que á la sazón hallábase engolfada, mi pobre abuela había elevado más de lo conveniente los brazos de la imagen.

Fué á ceñir á la cintura de Jesús el dorado cordón, y seguramente el esfuerzo que realizó para conseguir su propósito de estar al Nazareno la túnica con coquetería y donosura, produjo el descenso rápido de uno de los brazos de la santa imagen sobre la cabeza de mi querida abuela, con tal violencia, que la pobre anciana cayó redonda sobre el pavimento sin sentido y bañada en sangre, pues el celestial cachete fué tan tremendamente descomunal, que hubo de producirle una ligera herida en la región parietal izquierda...

No me detendré á reseñar la grande y consternadora confusión que tan extraño accidente produjo en el seno de mi familia. Bástale saber al lector que mi sencilla abuela, en su credulidad y candidez de niña sempiterna, pensaba que aquello había sido un castigo de Dios; que el Altísimo, en la inextinguible sabiduría de su justicia ineludible, había castigado por su propia pesada mano, y que estaba por tanto irremisiblemente perdida para el cielo...

Estas perturbadoras creencias y el innatado pavor que se apoderó de ella al sentirse herida por la propia pesada mano del Todopoderoso, produjeron en el ánimo de la venerable anciana un efecto lamentable, y no tardó en acabar sus días perseguida continuamente por el fantasma aterrador del remordimiento y suponiéndose autora desgraciada de pecados imaginarios...

Como se ve, la desventurada mujer murió víctima de su fanatismo y de su infantil credulidad. ¡Cuántas infelices les habrá acaecido lo mismo!

DONATO LUBEN

EL ORIGEN DEL MAL

Todas las perturbaciones que ocurren en Francia, son incubadas, promovidas y alentadas por el clericalismo. ¿Cómo no han de serlo las de España, viviendo dentro de un régimen que lo haiaa porque le teme?

La Comisión de estadística del ministerio de Instrucción pública en Francia, confirma cuanto digo, en el volumen destinado a la Exposición de 1900.

Existen en la vecina República, 5.387 escuelas congregacionistas públicas.

De 16.075 colegios privados de enseñanza primaria, 13.235 están dirigidos por *queridos hermanos y buenas hermanas*, y eso que no es aquí precisamente donde se agita el principal esfuerzo de los soldados del Papa.

En el personal de enseñanza existen 56.375 institutores públicos, y únicamente tres son congregacionistas; pero, en cambio, 9.013 institutrices llevan la banda, contra 40.385 lácias.

Los colegios privados para niños son dirigidos por 1.275 profesores lácias y 9.685 eclesiásticas. Los colegios para señoritas presentan 30.040 *buenas hermanas* ante un total de 35.510 profesoras.

De suerte, que solamente para la enseñanza primaria hay 39.053 religiosas, ante un total general de 84.938 mujeres, ó sea casi la mitad.

Resulta, pues, según la estadística oficial, que la enseñanza libre la divulgan un corto número de profesores, y que una tercera parte de la población infantil primaria frecuenta las escuelas congregacionistas.

La solución que, lo mismo allí que en España se impone, es esta:

- 1.º Disolución completa, absoluta, de todas las congregaciones.
- 2.º Prohibir el acceso al profesorado a toda persona que lleve sotana.
- 3.º Abolir toda enseñanza espiritualista y religiosa, no admitiéndose otra que la científicamente libre ó integral.
- 4.º Suprimir toda clase de subvenciones al clero.
- 5.º Perseguir a los dispensadores de indulgencias; y
- 6.º Reprimir el abuso de las peregrinaciones, lo que se lograría dejando en libertad al pueblo para manifestarse en pro ó en contra de ellas.

Lo contrario es eternizar la existencia de elementos que chocan con las leyes naturales y hacen mofa de la infelicidad de los pueblos.

Ha reaparecido *El Combate* de Salamanca, después de la suspensión forzada de tres números por no haber encontrado en la ciudad imprenta donde quisieran imprimirlo.

Lo más triste de esto, es que en Salamanca hay una imprenta de un señor don Francisco Núñez, republicano, y federal, y del Comité etc. etc. donde tampoco se han atrevido a imprimir *El Combate*, porque el obispo prohibió su lectura.

Que los clericales procuren obedecer servilmente a los obispos, lacayuno es, pero se explica; pero no que los republicanos lo hagan y menos perjudicando a un correligionario.

Pero, en fin, como así ocurre, hay que bajar la cabeza ante los hechos, y avergonzarse de los correligionarios cuyas convicciones puede regularlas la conveniencia personal ó la adulación al poderoso.

¿NOS TRANQUILIZAMOS?

Señor don José Nakens.

Muy señor mío: Lo habrá usted leído. Las últimas fiestas de Navidad se han visto en París más concurridas que en años anteriores, lo cual indica, a juicio del que da la noticia, que va volviendo al espíritu de las gentes la religión de otros tiempos. Por lo visto, la devoción había venido muy a menos, se hallaba en peligro de extinguirse, pero va recobrando fuerzas y ganando los corazones. ¡Y yo que la suponía casi perdida!

Mas, puesto que el mal existía ¿qué ha hecho esa cura maravillosa? Sin duda, los curas con sus prácticas como los frailes, únicos doctores para curar las almas y los entendimientos, los únicos que poseen el secreto de la panacea espiritual. No se dice cómo han obtenido tan buen resultado, pero se aprecia por la mayor concurrencia a las fiestas religiosas. (1)

Cualquiera que vea al pueblo de Madrid, por ejemplo, acudir en masa a la pradera de San Isidro el día del santo, podría decir que era el pueblo más devoto y de más ardiente fe que había en el mundo. Pero ¿qué hubiera dicho de haberlo visto el año en que una lluvia inoportuna agüó la fiesta, arrojando de piedras, disparándolas con furia contra el santo, rompiéndole un brazo y dispuesto a convertirlo en aduquines, como lo hubiera hecho a no impedirlo los agentes de la autoridad? Este hecho y otros análogos que ocurren en algunos pueblos con motivo de rogativas para que llueva ó deje de llover, me recuerdan a los habitantes de Kamchatka y a los negros de Guinea que insultan a sus divinidades cuando no satisfacen sus deseos, y a los neozelandeses que atribuyendo a su Dios los contratiempos y males que les aquejan, le amenazan con injurias y con matarlo y comérselo. (2)

Que supriman en la pradera, las cantinas, las comilonas, los bailes y demás entretenciones de la función religiosa y me dirán el número de fieles que van a rendir tributo de adoración al labrador Santo. Para el pueblo, incluso la clase media que no puede disfrutar de otras diversiones, el espectáculo que les ofrece cualquier fiesta religiosa,

tiene el natural atractivo de proporcionar descanso en sus trabajos y distracción al ánimo preocupado con anhelos no satisfechos. ¿Qué extraño es que acudan a las iglesias a oír cantar villancicos al son de panderos y zambombas, ó a las armonías de un órgano? ¿Que en Semana Santa, estén concurridos los templos, si durante ella no hay corridas de toros, ni funciones de Teatro, ni ejecuciones de reos, ni otras distracciones en tales días prohibidos? Las mujeres aprovechan la ocasión que les da la costumbre para lucir su talle y su mantilla de blondas unas, otras sus pañuelos de crepón, y todas para pescar, en río de revuelta aunque mansa corriente, los hombres, para verlas tan de cerca como permiten las aperturas de los devotos. Comprése el número de fieles que acuden a oír una simple misa rezada, con el que va cuando la misa es cantada, si en ella toman parte en el coro, como en *Tedeums* y misereres, cantantes del Teatro de la Ópera, y se verá que el aumento es considerable y de la devoción podría decirse que era «mística celestial». En cuanto a los demás actos de la vida social, no se descubre en ellos sentimientos religiosos ¡ni fe, ni caridad, ni esperanza!

No hay que hacerse ilusiones; por brillante que sea la mise en escena, de esas funciones de Iglesia, no inspiran a los concurrentes sentimientos cristianos, ni disponen su ánimo a la práctica del bien siguiendo las máximas de Jesucristo: son un pretexto ó un pasatiempo.

Clases privilegiadas de la fortuna y timoratos que creen amenazada su tranquilidad sin el freno que suponen en manos del clero para dominar al pueblo y contenerlo, son los que lo sostienen y alientan en su conducta ambiciosa y torpe. Ellos mismos han roto ese freno y acelerado el término de su comedia para que se convierta en Tragedia. La fe del pueblo la expresa él, con este gráfico y malicioso consejo: «Fíate de la Virgen y no corras.»

De usted affmo. s. s. q. b. s. m.

Odón CARO

El País ha emprendido una hermosa campaña contra las iniquidades que se cometen con los niños en la Inclusa de Madrid, secundándole valientemente el *Heraldo*.

Si *El Liberal*, que pasa por republicano, y *El Imparcial*, que acaso sea demócrata todavía, hubieran tomado cartas en el asunto, por ser justa la causa y humanitaria, a estas horas los pobres niños tendrían más esperanzas de salvación.

Sin que esto sea dudar que el *Heraldo* y *El País* (a los que felicito) se bastan y se sobran para hacer que triunfe la justicia.

LOS ESCLAVOS

Miradle... Por allí viene.

Descríbese la gente a su paso; el juez se muestra con él en extremo solícito y deferente; el escribano le saluda con exagerada cortesía; el cura y el médico le hablan con marcado comedimiento; los hombres procuran molestarle lo menos posible con su conversación; las mujeres no se atreven a alzar la vista en su presencia.

Es el amo, el primer propietario del pueblo, el que dispone de las voluntades, de las vidas y de las haciendas de todos. Este le ayuda a ponerse la americana; aquél le abrocha el chaleco; esotro le cepilla el pantalón.

En pleno día, delante de la primera autoridad, en el café, en el casino, en la plaza, en la huerta, en todas partes, vocifera, amenaza y jura tomarse la justicia por su mano con el infeliz que en lo sucesivo no siga acatando sus órdenes, con el desecnelado que equivoque sus mandatos, con el atvivo que contrarie sus deseos...

Su escandalosa conducta y sus acciones no menos escandalosas y repugnantes, siempre quedan impunes. Nadie se indigna; mejor dicho, nadie se atreve a indignarse. Por donde pasa, recibe señales de fingido respeto, de mal disimulada y afectada admiración.

La gente del campo, que en público le ensalza y «venera», en el rincón del hogar le odia y maldice.

Marido hay, que se las ha jurado al miserable. Hombres de corazón existen entre aquella caterva de aduladores, que desean su muerte.

Como hombres aborrecen a su señor; como esclavos, le tributan honores. Es un ser bajo y mezquino; pero, ¡es el amo!

ANTONIO SOLER

Porque la humilde Superiora de las religiosas terciarias franciscanas de la Divina Pastora de Madrid ha solicitado de la Dirección general se les conceda una escuela que ha de quedar vacante en Carmona por jubilación de doña Luciana Sánchez Díaz, un periódico profesional, *El Criterio*, dice que sabe que hay otras peticiones de esta índole y que se formularán muchas más mientras dure el reinado de las *brionadas*.

¡Válgame Dios, y que lenguaje va empleando la prensa para decir la verdad!

Horroriza pensar en la brecha que los impíos abren en el hasta hoy sagrado baluarte de la inmoralidad y la mentira.

Cosas Literarias y Artísticas

MI MEJOR AMIGO

Desde hace muchos años entretienen los moralistas en lamentarse de la decadencia de la amistad.

Tal vez tengan razón; pero confieso que nada me importan sus quejas, toda vez que, a pesar de cuanto digan, cuento con un amigo, un verdadero amigo, un amigo ejemplar, que sólo tiene por divisa la lealtad y la franqueza.

No es hipócrita ni adulador; sus consejos son

siempre nobles y desinteresados, y tiene el valor de sus opiniones, por más que sean éstas contrarias a mis deseos.

A veces extrema demasiado su sinceridad; pero yo le doy las gracias por sus salidas de pie de banco, en vez de enfadarme, como harían otros en mi lugar.

¡Son tan raros los amigos como el mío!

II

La primera vez que aprecié debidamente su mérito fué una noche.

Estaba yo invitado a un baile, al que debían proceder un concierto íntimo y una comedia de aficionados. Y yo, por vanidad y por condescendencia, había aceptado un papel en la comedia y en el concierto.

¡Iba a salir de casa, cuando de pronto se me ocurrió la idea de ensayar de nuevo un pasaje difícil de la obra, ante mi amigo, al cual me había olvidado de consultar.

Estábamos solos en mi cuarto, y empecé a recitar una tirada de versos, accionando como si estuviera en el teatro.

—¡Qué movimientos tan absurdos!—me dijo de pronto mi censor.—No ves que no sirves para el caso y que las alabanzas de tus aduladores te han perdido?

—Pero...

—¡No hay pero que valga! Tu mímica es estúpida y tus brazos parecen dos postes telegráficos. Te aplaudirán por cortesía, pero luego, en voz baja, dirán pestes de ti. Ya estás advertido, y ahora puedes hacer lo que gustes.

—Oye ahora esta romanza.

—Peor. Estás hecho una verdadera caricatura. Tene un momento de despecho; mas al fin comprendí la verdad de la crítica, y desde entonces no puedo ver una comedia de salón, ni oír cantar una romanza sin bendecir interiormente la oportuna intervención de mi amigo.

III

Desde aquel señalado servicio resolví obedecerle a ciegas.

A lo mejor le encuentro y oigo que me dice:

—¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa? ¿Tienes algún remordimiento? Mira que esas cosas suelen costar muy caras.

O bien:

—¿A dónde vas con esa cara de pasaca? ¡Aquesto cualquier cosa a que has hecho una buena acción! Pero no te felicito por ello, puesto que ya estás recompensado por ti mismo.

Y el caso es que siempre que me habla así da de tal modo en el clavo, que me veré obligado a ser bueno por temor a sus censuras.

IV

¡Ah! ¡Si tuviese una hija!

Malas lenguas han calumniado a mi compañero, asegurando que ejerce en las mujeres la más poderosa influencia, y que las induce con frecuencia a cometer todo género de faltas. Pero yo sostengo que esos rumores son falsos. Así, pues, si tuviese yo una hija, le daría a mi amigo por único consejero.

Además, es el tal un gran médico. No tiene ningún sistema determinado; uo es ni homeópata, ni alópata; no ha inventado ningún específico; no se anuncia en la cuarta plana de los periódicos, ni pertenece a ninguna academia.

Pero es un gran sabio, porque toda su filosofía se halla basada en la experiencia de los hechos.

V

Un día, sin embargo, tuvimos un altercado.

Encountre de pronto, y deteniéndome al paso, me dijo:

—¿Sabes que tu cabeza comienza a encanecer?—¿Cómo! ¿A mi edad?

—No hago más que advertírtelo.

—Pues maldita la falta que me hace tu aviso!—Lo cual no impide que tengas unas cuantas canas en las sienes. Te lo digo para que te prepares a renunciar a ciertos devaneos que podrían ponerte en ridículo.

—Eres un majadero, un impertinente!

—Y el amigo, sin comoverse en lo más mínimo, me contestó impasible:—¿Qué leo te pones cuando te enfadas!

Tenia razón, y quedé desarmado ante el buen sentido irónico de mi amigo.

VI

Y ahora recuerdo que había olvidado de enumerar sus dos más preciadas cualidades.

No hay que conivirle a almorzar ni a comer, ni pide dinero prestado.

¿Lo dudabas? Pues sepan que en diez años sólo me ha hecho gastar 3'50 francos.

—Pero quién es ese amigo prodigioso?—¡Vive Dios! ¡El espejo ante el cual me afeito todas las mañanas!

PIERRE VERON

El Sinapismo de Sevilla viene haciendo enérgica campaña contra los desmanes de la policía.

Llevado con un pretexto cualquiera a las oficinas del cuerpo de Orden público, le fué administrada una monumental paliza.

Curáronle después en la Oasa de Socorro, y pasó el asunto a los tribunales.

No me atrevo a negar que el procedimiento es bárbaro, pero reconozco al mismo tiempo que es el propio de situaciones reaccionarias.

Lo que me choca es que todavía no hayan ascendido a los respetables polizontes, autores de la hazaña. ¡Para cuándo se guardan los premios destinados a la virtud y al mérito!

SIMILIA SIMILIBUS CURANTUR

Un farmacéutico francés ha descubierto el remedio contra el alcoholismo.

Un periódico de Burdeos, *La France*, publica la *interview* celebrada con M. Broca, el farmacéutico que ha encontrado el suero contra el alcoholismo.

Según él, su descubrimiento es sencillísimo:—Usted sabe—dijo al reporter,—que habían tratado a los alcohólicos por las inyecciones de extrínfina y cloruro de oro, sin obtener resultados satisfactorios.

Hace poco supe que un norteamericano, el doctor Kelling, había obtenido grandes triunfos con una preparación secreta. Estudié durante un año y por último encontré el secreto.

Yo sabía que Grolfidi y Arnosan tratando a los morfinómanos con sueros de animales previamente inyectados de morfina, habían obtenido grandes éxitos; pues bien; pensé que se podía hacer lo mismo con los alcohólicos.

Compré un caballo y lo emborraché durante varios días. Como la sangre en los alcohólicos sufre grandes modificaciones, cuando el caballo estaba convenientemente alcohólico le hice sangrar, extrayéndole dos litros de sangre é inyectándolo el suero a canarios, pollos y pichones.

Así pude comprobar que, una vez inyectados con el suero estos animales, no pueden ni oler siquiera su comida alcoholicada. Preferirían morir de hambre al lado de su ración. ¿No es esto un buen resultado?

—¡Ciertamente! Pero ¿ha hecho usted experiencias sobre los hombres?

—¡Ya lo creo! Y el triunfo ha sido completo. Todos los borrachos a quienes he tratado, después de una sola inyección, demostraron el más profundo horror por la bebida.

Injecté una cantidad de suero a un borracho en pleno *delirium tremens*. No supo sinuiera que se le había hecho la inyección. Está absolutamente curado.

Ha llegado a abolir en los alcohólicos todo deseo de beber. Después de dos ó tres inyecciones, el individuo siente aversión por el alcohol.

La Academia de Medicina ha nombrado una Comisión para juzgar la importancia de mi descubrimiento. Espero tranquilo el juicio de los sabios académicos, porque los hechos no pueden refutarse.

Esto ha dicho M. Broca al relator de *La France*.

Pregunta El Clamor Zaragozano:

«¿Podrá saberse qué ha pasado dentro del Seminario Conciliar entre los alumnos y los profesores, que ha dado por resultado la expulsión de algunos seminaristas?»

Dicennos que hubo palos propinados a los maestros, que «hura son frailes, puestos allí por el señor Alda, y que los estudiantes no los quieren bien, ellos sabrán por qué».

Dicennos otras muchas cosas que no queremos publicar por naturales consideraciones, pero que acaso sea necesario decir más adelante.

¡A carne humana me huele!

El angel de la Guarda proteja y defienda a cada uno de los seminaristas que no han sido expulsados, si corren acaso por el Seminario de Zaragoza vientos *flamíneos*.

REMITIDO

Señor director del periódico El Motín.

Muy señor mío: En la tercera plana de su periódico número 46, correspondiente al día 23 de Diciembre último, aparece un comunicado suscrito con la antefirma de *El Comité republicano* y varios nombres, en el que se dirigen gravísimas ofensas a determinada familia; y como quiera que yo soy el que desempeñaba el cargo de juez municipal suplente a que se alude como causa ocasional de los supuestos escándalos que indica, no extraño seguramente que me dirija a usted apelando a su caballerosidad sin necesidad de acudir al derecho que me otorga el artículo 11 de la ley de imprenta, para vindicarme, sin más que hacer constar que ha sido usted víctima de un engaño, pues en el pueblo de Murillo ni hay tal comité republicano, ni existe ninguno con los nombres que lo suscriben, pudiendo asegurar que el que lo hace no es tal republicano, que si lo fuera, no se valdría de nombre supuesto para calumniar ni injuriar a nadie.

Ahora bien; desde el momento que se trata de un anónimo, comprenderá usted que no puedo acudir a otro terreno, ni debo entrar en otro orden de consideraciones, pues el buen juicio de usted y de sus lectores me basta para fijar el concepto que se merece el dicho del que se vale de un medio que no necesita calificar guisa, con este motivo, se ofrece de usted afectísimo seguro servidor que besa su mano,

JUAN PASTOR

Murillo de Rio Leza 3 de Enero de 1903.

Publicada la carta anterior, sólo me resta decirle al firmante, que tengo mucho gusto en reparar ese error y esa injusticia, que la mento tanto como él el incidente, y que si un día supiera quién había fingido ese comité republicano para difamar a las personas que dice, me apresuraría a comunicárselo para que sufriendo su merecido. Que aquí se combate cara a cara y noblemente, sin emplear jamás armas prohibidas.

El Nieto de Mayorga, periódico republicano de Plasencia, anuncia a sus lectores que disminuye de tamaño porque muchos correligionarios no le pagan la suscripción.

Y otros muchos de varios puntos han copiado la noticia, añadiendo que a ellos les ocurre lo propio.

Datos que confirman lo que digo en el artículo de este número, *Prensa y oaciques*.

BUEN EJEMPLAR

Ha llegado a oídos de *El Eco de la Fusión de Tortosa*, «la especie de que todo un señor sacerdote, de aquella localidad, aboleto há pocos días a su anciano padre, hombre de más de ochenta años, sobre cuyos blancos cabellos descargó el monstruo con sotana sus miserables manos, queriéndole además golpear con una silla».

Enemigos del escándalo, añado, no decimos el nombre del tal sacerdote por hoy, concretándonos a llamar la atención de nuestro Ilustre Prelado, sobre hecho tan escandaloso, al objeto de que dicte acerca de él una medida ejemplar.

Si, lo que no esperamos, esto deja de hacerse, ¡gitemos nombres propios, con pelos y señales; y ya que se busca el escándalo, sea».

Pues vaya el colega acostumbrándose a la idea de dar el escándalo, porque el obispo nada hará.

Y se comprende. Si fuera el hombre a castigar todas las faltas de sus subordinados, no tendría tiempo ni para contar las monedas que mensualmente cobra del Estado liberal, de que constantemente abomina.

Aparte que esto escamaría a los fieles, quienes exclamarían desconsolados: «¡Pero, Cristo mío, entre qué gentecita estamos metidos!» Y decir esto, y echar tres nudos a su bolsa, sería todo uno.

Después de estas razones, se explicará el estimado colega la mudez episcopal.

Muchos comerciantes de Zaragoza se lamentan de lo molestados que se hallan por las monjas y

os frailes, que no cesan de polir, sin que se sepa el destino que dan a los donativos que reciben.

«¿Eas ten-mos? A pagar y a callar. ¿No querían los comerciantes restauración? Pues a soportarla con sus naturales y legítimas consecuencias».

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Mientras se celebraba la misa del gallo en Belvis, no creyente lanzó el ¡quiquiriqui tradicional. «¡Aquí no hay más gallo que yo!» contestó el cura, propinando de paso un boteón terrible al cantor: ¡implume.

Alborotóse con tal motivo el galinero católico, el cura caceró nuevamente, los fieles se enardecieron, y si no acude a tiempo el alcalde, acaso hubieran hecho algo provechoso, bien desentendado de la cura, bien pegándole fuego al edificio.

Desgraciadamente todo se arregló, sin más consecuencias visibles que la herida que sacó en su cuerpecito una parenta del cura, por tratar de contener sus ardores bélicos, sin que se averiguara quien se la produjo.

En ningún teatro profano de España ocurrió aquella noche nada parecido.

Desaparecieron cuantos objetos de valor había en la iglesia de Casatejada, sin que se advirtieran signos de violencia en puertas ni ventanas, siendo lo más extraño del caso, que la imagen de la Virgen apareció destrozada y sin la pulsera que lucir solía.

Sentiría que el robo hubiese repercutido en alguna fábrica de armas.

Lo cual quiere decir, que bien pudiera haberlo tecnado alguno del oficio.

Celebróse la misa para despedir al año en el convento de dominicos de Padrón, salió la gente, y al poco rato comenzó a arder, que era un gusto, el altar mayor. Se fundieron ¡horror! los vasos sagrados y el viril, quemándose además varias alhajas, y el mantel del altar, y el frontal, y otras varias cosillas, amén de algunas imágenes, una de ellas la de San José. Los frailes calculan las pérdidas en diez mil duros.

Si alguien creyere que doy esta noticia poseído de la mayor pena, se equivocaría de medio a medio: ni de la mayor ni de la menor.

Los que deben estar inconsolables son los vecinos de la villa, al pensar que ya se arreglarán los frailes para sacarles a ellos los diez mil duros. Y con réditos.

Que es en lo que siempre van a parar estas misas.

El médico de la Inclusa dice que es suficiente un ama para criar a dos niños.

¡A lo que obliga el hambre ó el deseo de conservar un puesto!

Horrores sin fin se están descubriendo en la Inclusa; pero ninguno tan grande como el de que aparente no verlos ó quiera disculparlos un hombre de ciencia.

Conducta incomprensible

Las autoridades de Málaga han atropellado al periódico *La Bomba*.

Unos miserables, pagados quizás, trataron de asesinar a su director y un redactor.

Y la prensa local callada!

Refiriéndose a ese incomprensible silencio, dice *La Bomba*:

«Cuando en todas partes el espíritu del progreso y de humanidad, lima asperezas y trata de endulzar amarguras por medio de concesiones que debe siempre otorgar el compañerismo; en este desventurado país jen esta Málaga! resurge el espíritu inquisitorial de los siglos y de las naciones bárbaras, encarnado en cierta prensa infame, cínica, aduladora, embustera, servida por rufianes indecentes que cubren su canallería en la levita del caballero».

Para ese canalla mercenario no hay mamarracho que no sea bazarro, granuja de alto bordo que no sea excelente, usurero rico que no sea caritativo, clérigo soberbio y avariento que no llame virtuosísimo, ladrón encopetado que no merezca el premio de la honralez.

Su servilismo convierte las traiciones, las granujerías y toda clase de acciones indignas en disculpables actos si sus autores ó instigadores tienen dinero y pueden arrojar el mendrugo de subvención que les permite continuar bañándose en el charco infecto, del que sacan puñados de dinero que arrojan sobre los hombres honrados, si éstos, aunque sean compañeros de profesión, no defienden como ellos las canalladas de los bandidos de levita y ocultan las inmundidades de los aristocráticos farsantes, sus amigos.

Nada tan bajo, nada tan repugnante como la conducta de esos mercenarios de la pluma; nada tan indigno como los desalmados que, viendo como se asesina, no ya a un compañero, a un semejante suyo, no sólo no protestan del crimen nefando, sino que amparan con desvergonzados apoyos a los criminalizantes, insertando majaderías en las columnas del periódico conducentes para alentar a los malhechores en la continuación de sus hazañas.

¿Qué calificativos merecen esos *entes* disfrazados de periodistas que amparan el crimen?»

Varias veces he afirmado que la prensa merece más censuras por lo que calla, que por lo que dice. Su silencio suele ser más perjudicial y más indigno que los mismos ataques que lanza con propósitos poco honrados.

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO EN EL PRESENTE SIGLO

Fernando consintió que los obispos establecieran las Juntas de la Fe y que funcionasen, confirmando por varias reales órdenes algunas de sus sentencias, y hasta expidió una prevenida, que, para lograr no se revelase nunca el secreto de las causas formadas por aquellos tribunales, no se diera certificación de ninguno de sus particulares, sin un mandato expreso suyo, comunicado por el ministro de Gracia y Justicia.

Del descaro como funcionaban esas Juntas que sustitúan a la Inquisición, y que continuaron, parece increíble hasta 1.º de Julio de 1835, da idea esta pastoral del prelado don Simón López (uno de los asesinos del maestro Ripoll), dando cuenta de la constitución de la Junta de la Fe en Valencia.

«Los obispos pueden y deben conocer en todas las causas de fe, aun por lo tocante al fuero exterior, como jueces natos y depositarios, como dice el apóstol, cuyas funciones desempeñaba la Inquisición con gloria suya y ventajas del Estado. En la multitud de negocios que nos rodean, nos sería sumamente difícil y espinoso llenar estos deberes con la rectitud y celeridad que nos conviene. Así que confirmamos la Junta de la Fe sabidamente establecida en esta diócesis; y habiendo resultado autorizar a la dicha Junta y a cualquiera de sus individuos para recibir libros, papeles y delaciones de dichos y hechos contra la fe y las buenas

costumbres, con este edicto lo damos la publicidad que le corresponde. Compondrán la Junta: Nos, como presidente; el doctor don Miguel Torrenzano, inquisidor que era de Valencia; el doctor don Juan Bautista Falcó, como fiscal; y el doctor don José Royo, como secretario.»

Con la impunidad de las delaciones se abrió camino a las venganzas, y con la acusación de herejía, que alcanzaba a todos los liberales, se llenaron las cárceles y se arrancaron inicuamente muchas vidas. Más tarde encargó a los obispos conocer en esas delaciones, y se prescribió que se castigarán con la muerte, en el preciso término de tres días, las causas contra aquellos que resultasen reos.

No perdónaba medio el bando teocrático para acabar con la masonería. Por Real Cédula de 1.º de Agosto de 1824 se prohibió, para siempre, en España a Indias la francmasonería, y cualesquiera otra asociación secreta, ordenando a todos los prebostes, eclesiásticos, que en sus sermones, visitas y pastorales condenaran «el horrible crimen del francmasonismo y la afiliación en esta y otras sociedades secretas. En un papel que figuraba impreso en Córdoba en 1824, publicaron unas 70 máximas que decían masónicas, con el fin de solevantar los ánimos, no ya de los absolutistas, de los católicos simplemente. Pero nada más infame, ni al mismo tiempo más burdo que un supuesto Reglamento secreto, que también publicaron, y que supusieron perdido por un francmasón al salir de la Junta establecida en la Casa lonja de Barcelona. Puede formarse idea de él por los siguientes párrafos:

«Como nos ha enseñado la experiencia, que destruidos, por la intriga del ministro Aranda, los jesuitas, que eran los guardias de Corps de la Iglesia (según Volter), se ha logrado la decadencia de la religión católica, la ignorancia y corrupción de la juventud, el abatimiento de las ciencias y artes, con irreparables desórdenes, que han servido de fundamento para asentar el sistema constitucional, o franc-masónico; no podremos ver completa esta obra, sin que se pongan en práctica los artículos siguientes:

1.º No parar un punto hasta tener aterradas todas las demás religiones, y si es menester asesinar todos los frailes en una noche: que así no tendremos tantos hombres sabios que se opongan a nuestros proyectos, y nos haremos ricos con todo lo que era propiedad de sus conventos.

2.º Señalar premios para cualquiera que mate un eclesiástico, y premios mayores si estos son obispos, arzobispos, cardenales.

3.º Fuera todos los capellanes, y sobrarán con uno para cada parroquia, porque el pueblo no necesita que queramos quitar la religión católica.

4.º Destruir y arruinar las ermitas, santuarios, cofradías, congregaciones, y nos apoderaremos de todos sus bienes.

5.º Arrancar hasta las raíces de la Inquisición y dar libertad de imprimir tan solamente lo que sea contra Dios, contra el rey y contra los hombres de bien.

6.º Para acabar de desfigurar la religión católica, se plantará luego una piedra en la plaza de cada una de las poblaciones de toda España, que como el árbol del Libertinaje, sea adorada en

ciertos días del año, que ninguno entenderá la maldad de esta ceremonia supersticiosa.

7.º Sufrirán la pena capital *ipso facto*, todos los que hablen, obren, o escriban a favor del Papa, o a favor de los Concilios, o a favor de los Cánones y determinaciones de la Iglesia, o de sus ritos o ceremonias. Con la misma pena serán castigados los que hablen bien de los Sacramentos, o de sus ministros, o de la Inquisición o de las penas de la otra vida. Con la misma pena serán castigados también los que hablen, obren o escriban como Católicos, Apostólicos, Romanos, o remuevan, o citen las leyes y penas impuestas y observadas antiguamente en España contra los herejes o franc-masones.

8.º Se harán imprimir y circular por todo el reino canciones, comedias, periódicos, y todo género de papeles, con los que se hará entender al pueblo que son iguales todos los sacerdotes y con el rey: Que el pueblo es del todo soberano y es del todo libre: Y no entendiendo que estos nombres se aplican por burla, luego el pueblo quedará víctima de la Igualdad, de la Libertad y de la Soberanía.

9.º Se formarán unos nuevos cuerpos de milicianos voluntarios de los sujetos más depravados e impíos de cada población, que con las armas en las manos, perseguirán siempre a todos los que se opongan a nuestra Constitución y quieran hablar a favor de la religión y del rey; que de este modo no necesitaremos las tropas del ejército, que muchas tal vez no querían hacer un tan tan... etc.»

Todo este monstruoso y burdo legido de mentir

ras se hizo público con el propósito de justificar asesinatos y ver si el pueblo realista se enardecía más aun de lo que lo estaba contra los liberales. Exasperados algunos de éstos por tanta infamia y tanto crimen, salieron en número de 200 de Gibraltar a las órdenes del coronel don Francisco Valles y se apoderaron de Tarifa el 8 de Agosto de 1824, mientras Merconchini desembarcaba con alguna gente en Marbella, y López Herrera y el capitano López Merino alzaban en la Serranía de Ronda. Después de 15 días de heroica resistencia abandonaron a Tarifa los de Valles, y los demás se salvaron como pudieron.

¿Qué más necesitaba aquella gaviota de tigre al mando de una hiena? Ya en previsión del triunfo había firmado el 11 de Agosto un decreto condenando a muerte en masa a cuantos tomaban tierra en las costas españolas, fuesen naturales de España o extranjeros, siempre que, llevando armas, consiguieran proclamar a cualquier otro elemento de revolución, intentasen restablecer el sistema representativo, sin concederles más tiempo que el puramente preciso para morir como cristianos; cuya última pena se aplicaría también a cuantos saliesen de las poblaciones para reunirse a los que desembarcaban, aunque no llevasen armas, y dadas la orden de aplicar el decreto a las terribles comisiones militares, que fusilaron en pocos días más de 300 desgraciados en Tarifa y mayor número aún en Almería y en otros varios pueblos valencianos.

(Continúa...)

MADRID.—IMPRESA, PALMA, 55, DUPLICADO

Biblioteca de "El Motin,"

El dolor universal

POR

Sebastián Faure

sencilla ante el pensamiento de los hombres que luchan por un mundo de paz, de amor, de armonía y de felicidad.

He aquí un cuadro alegórico que espero llene este objeto: El tronco del árbol representa el principio de autoridad, punto de partida de todas las instituciones. Da origen a tres principales troncos que representan las tres grandes iniquidades: económica, política y moral. De estas ramificaciones importantes brotan las ramas secundarias.

La «Propiedad individual»: El salario, la división del trabajo, el comercio, la sofisticación, la concurrencia, la centralización capitalista, el agiotaje, ramas cuyas hojas y frutos se llaman explotación, quiebra, miseria, prostitución, vagancia, mendicidad, robo, suicidio, despopulation.

El tronco «Gobierno»: el parlamentarismo, la legislación, el funcioarismo, la magistratura, la policía, la gendarmería, las cárceles, el militarismo; y como hojas y frutos: la opresión, la mentira, la corrupción, la injusticia, el odio, la guerra y la insurrección.

El tronco «Moral»: la religión, la familia, la educación, la enseñanza, la opinión pública, la prensa, todo por flores y frutos los prejuicios, la hipocresía, los celos, los crímenes. Toda esta frondosidad inextricable—tan grande es el cruzamiento de los troncos y el enlace de las ramas—y en la que he arrojado alguna luz para hacerla visible, es el dolor universal.

Nada se conseguirá con poder por un lado, cortar por otro; el árbol fatal ganaría en robustez: sería inútil hacer caer el hacha sobre algunas partes del árbol: la savia empujara a repartirla más vigorosa en las ramas restantes.

La segur del podador debe alcanzar al tronco mismo para derribar al gigante; debe penetrar hasta las profundidades del suelo para arrojear las raíces al fuego, a fin de que desaparezca para siempre ese coloso vegetal a cuya sombra hace tantos siglos se han extinguido las generaciones y perecido nuestra raza.

Elegid un hombre al azar, ciento, mil: ricos y pobres, patronos y obreros, propietarios y comerciantes. No encontraréis uno sólo que no tenga que quejarse de una ley, de una reglamen-

to, de una costumbre, de un abuso: no habrá uno que no se considere víctima de alguien o de alguna cosa; no habrá uno que no diga que la legislación debe reformarse en tal o cual punto.—Dicho está que esta parte de la legislación de cada cual se queja, es precisamente la que más lesiona sus intereses personales.—Cada uno reclama únicamente en el sentido que a él le interesa, *prima sibi charitas*, y procura desembarazarse de lo que le estorba.

La filosofía, que sabe que la organización social no es más que una síntesis de las condiciones políticas, económicas y morales, deduce de este hecho la conclusión siguiente: que no debiendo solamente ser resuelto el problema social por unos cuantos, ni aun por el mayor número, sino por todos, no debe cuidarse únicamente de lo que lastima a un individuo, a una corporación, a una colectividad; que si en el Código no existe más que un solo artículo que se oponga a la felicidad de uno, es necesario suprimir la legislación entera: esto hecho, desembarazado cada cual de lo que le oprime, vivirá a su gusto, es decir, conocerá la felicidad.

¿La felicidad? No es éste el objeto incesante de todos los movimientos humanos?

Pensar, comer, dormir, moverse, luchar, odiar, amar, las mil manifestaciones de la vida, tienen por punto de partida huir de un padecimiento o buscar un placer, emanan de un apetito diario; y la felicidad, a través de las múltiples formas que reviste, no es por otra parte más que la satisfacción de una necesidad que afecta a nuestro yo.

Para los ojos, el placer consiste en la contemplación de un espectáculo atractivo; para el oído, escuchar una suave armonía; para el olfato, respirar un sutil y delicado perfume; para el paladar, beber un licor refrigerante; para el estómago, absorber alimentos sanos y bien preparados; para los miembros fatigados, un reposo reparador; para la inteligencia, adquirir un conocimiento y examinar una idea por todos sus aspectos; para el cerebro, coordinar las ideas clasificadas y formar un pensamiento, una opinión, una doctrina; para la imaginación, soñar evocando la sensación de la realidad; para el corazón desnudo de afectos, seguir las inclinaciones naturales instintivas.

Y la materia organizada que constituye el hombre, dotada de calor, de electricidad, de movimiento, no experimenta sensaciones de bienestar sino cuando cada molécula se mueve a su gusto en el sentido que le es propio, cuando cada parcela del ser ejerce libremente la función para la que ha sido formada. En eso está la alegría de vivir, no en otra cosa. Todo lo demás no es más que maceración de la carne o del espíritu, y, por consecuencia, sufrimiento físico o dolor moral.

Tan verdad es esto, que si a una criatura que tiene hambre, sed o sueño le prohibo comer, beber o dormir; si condeno a la inmovilidad a un hombre deseoso de moverse, se considera a éste con razón como un víctima y soy con justicia tachado de verdugo. Víctima, porque se le impide hacer lo que le place; víctima, porque la voluntad de otro sustituye a la suya; víctima, es decir, infeliz, porque es esclavo.

Por tanto, toda la vida humana, desde la antigüedad hasta nuestros días, se contiene en los dos términos siguientes: eliminación progresiva del principio de autoridad; afirmación gradual y correspondiente del principio de libertad. Cada conquista de ésta es una derrota de aquélla.

El grito inmenso de ¡Libertad! ¡Libertad! sonará a través de las edades. Todas las protestas, todas las reivindicaciones, las revoluciones todas, responden a ese sauto y seña. Leed la profesión de fe de todos los candidatos, recorred el programa de todos los partidos políticos; no hallaréis un manifiesto que no pida más libertad, ni un político que no se declare partidario del principio libertario.

Es que todo el mundo siente y sabe que sin libertad no hay felicidad; que, como dice L'Hopital: «¿Perder la libertad? ¿Tras ella, qué queda que perder? ¿La libertad es la vida, la esclavitud es la muerte!; que, según la hermosa frase de Proudhon: «La perfección económica está en la independencia absoluta de los trabajadores, lo mismo que la perfección política está en la independencia absoluta del ciudadano.» Para que fuese completa, Proudhon debiera haber añadido que la perfección moral está en la independencia absoluta de las conciencias desligadas de todo prejuicio, de todo dogma.

No ha dicho Emilio Girardin: «En el porvenir, el progreso será estrechar más y más el círculo de las leyes positivas, y, por el contrario, ensanchar más y más el de las leyes naturales. Toda ley natural es un principio que se realiza por la precisión de sus consecuencias. Toda ley positiva es un expediente que se delata con sus complicaciones.»

«No se eleva a las almas sin libertarlas», dice Guizot en un arranque de franqueza.

En lenguaje de dulce poesía, Marc Guyau predijo el triunfo próximo de la libertad: «En el porvenir el hombre tomará cada vez más horror a los refugios contruidos de antemano y a las jaulas muy cerradas. Si alguno de nosotros siente la necesidad de un nido donde poner su esperanza, él mismo lo construirá pajita a pajita, al aire libre, dejándolo cuando se cansare él para volver a hacerlo a cada primavera, cada renovación de su pensamiento.»

Guillermo de Greef se expresa así: «El principio hoy no es ya discutible: la sociedad no tiene más que órganos y funciones; no debe tener amos.»

«La tendencia práctica del materialismo, dice el autor eminente de *L'homme selon la science*, es tan sencilla, tan clara como su teoría; y todo su programa para el porvenir del hombre y de la humanidad, puede expresarse en unas cuantas palabras conteniendo cuanto se debe teórica y prácticamente reivindicar para el porvenir. Hélas aquí: Libertad, instrucción y bienestar para todos.»

Extraño es hallar las líneas siguientes con la firma de un escritor que fué diputado, es decir, fabricante de leyes, y que lo sería aún si los electores de Neully lo hubieran querido; pero los políticos, como la política, están llenos de contradic-

ción: «Felicidad y libertad son en cierto modo sinónimos, pues para ser dichoso es indispensable y suficiente ser libre.»

Es del todo evidente que, siendo el individuo anterior a la sociedad—pues ésta es el número y aquél la unidad—la felicidad social o colectiva estará matemáticamente determinada por la felicidad individual; y para que la alegría brille en el seno de una colectividad humana, es preciso que brote en cada personalidad.

No se han constituido y aglomerado los humanos en sociedad, sino impulsados por la necesidad de combatir las plagas naturales, de unirse para producir más y más pronto, de practicar esa tendencia inevitable a la sociabilidad que es el punto de partida de toda agregación; en una palabra, para sacar partido de tal asociación.

Así, pues, normal, racional, es un organismo en cuyo seno, lejos de empujarse y sacrificarse el ser humano, se desarrolla y agranda su parte de felicidad. Lógico, por el contrario, incoherente, criminal, es la organización que en todo momento atenta a la dicha de sus miembros y disminuye su parte de felicidad.

De suerte que, si nuestro espíritu puede concebir una libertad ilimitada (si algo absoluto existe), se podrá igualmente concebir una felicidad sin límites.

«¿Vivir a su gusto! se exclamará; no concebir órdenes de nadie, no inclinarse ante ningún tirano, no sufrir ningún yugo, no conocer ninguna de las trabas que el despotismo opone al desarrollo natural, abandonarse a la dulce o rápida pendiente de sus pasiones, seguir tras la voz del deseo, aventurarse sin escúpulo ni temor por senderos floridos del capricho de la fantasía, hacer lo que gusta, lo que conviene, lo que da placer, y, por tanto, sentirse más fuerte con el mismo vigor de todas sus pasiones, más digno por el mismo esplendor de todas sus facultades desplegadas, mejor por el mismo refinamiento de sus sentimientos afectivos, más responsable por la espontaneidad de los actos realizados... Si, cierto; eso sería la felicidad en la significación más elevada de esa expresión tan sublime. ¡Pero no puede ser!»

No lo niego: nuestra actual organización, que entra descausa en la supremacía de unos y la sumisión de otros, no puede admitir solución semejante.

Es del todo exacto que en una sociedad compuesta de capitalistas y proletarios, de holgazanes opulentos y de productores pobres, de gobernantes y gobernados, esa integral independencia no es realizable.

Pero tal objeción—irrefutable mientras se esté acantonado en una sociedad autoritaria—es la prueba más clara y sencilla de que autoridad y felicidad son términos que representan dos órdenes de ideas y hechos que no pueden conciliarse, que toda amalgama entre ellos es imposible por la incompatibilidad de sus caracteres respectivos, que hay que decidirse por uno ó por otro, pero que no se puede optar por uno sino renunciando definitivamente al otro. Estar con la autoridad y el

dolor universal contra la libertad y la felicidad de todos; bien con la libertad y la felicidad universal contra la autoridad y el dolor de todos; tal es la alternativa. ¡a elegir!

De tiempo inmemorial la humanidad ha hecho su elección, la evolución mediante. Inconscientemente al principio, de modo más razonado después, se ha pronunciado contra el principio de autoridad, es decir, contra la esclavitud, contra la desgracia, y en favor de la libertad, que es la vida feliz.

Se comprende que las primeras muestras de la raza humana que aparecieron en el globo, debieron estar sometidas a toda clase de servidumbres. Salido apenas de la animalidad, débil y grosero esbozo del hombre de las civilizaciones avanzadas, el ser primitivo se halló en dependencia absoluta de la naturaleza. Expuestos a la intemperie, al furor y a los caprichos de los elementos, incapaces de orientarse a través de infranqueables espesuras en las regiones vírgenes; detenidos a cada paso por las aguas o los montes; luchando a veces cuerpo a cuerpo con las fieras; sin otro alimento que el que conseguían procurarse en la caza o la pesca, a menudo peligrosas y fatigosas; siempre víctimas de enfermedades y plagas, nuestros primeros ascendientes debieron conocer todos los horrores de una existencia pasada en defenderse contra fuerzas ciegas, irresistibles, misteriosas. Terror perpetuo, punzadas del hambre, quemaduras de la sed, mordiscos del frío, ignorancia completa; tal fué el lote de la humanidad en su infancia.

En lo que se le llamado el estado natural, la libertad primitiva fue en realidad una esclavitud espantosa. Esclavitud material respecto a la naturaleza, esclavitud intelectual respecto a la ciencia, el ser entero estuvo en esclavitud completa. Pero poco a poco, con lentitud que en nuestro siglo de rapidez no puede formarse clara idea, las ligaduras se aflojaron. Con tenacidad increíble el hombre midió sus fuerzas con la naturaleza y se la multiplicaron los primeros ensayos. Animado por algunos éxitos y provisto de algunos útiles rudimentarios, el género humano se dedicó a utilizar los productos naturales y basó el modo de asegurar la producción regular. Dejó de ser la vida una peregrinación perpetua y dolorosa a través de los espacios inexplorados. Formáronse agrupaciones, se fundó un lenguaje, cambiáronse ideas y se establecieron relaciones. Se desprendió el cerebro poco a poco de su opresor original, y penetraron en él algunos fulgores que centelaban en potencia las claridades futuras.

Sin plan preconcebido, sin método premeditado, por sólo la fuerza de las cosas, por el juego únicamente de órganos cada vez más ejercitados, se desarrollaron las facultades.

Pero mientras el hombre se sustruía insensiblemente a la tiranía de la naturaleza, el despotismo del hombre sobre el hombre hacía su aparición. Esto no fué sólo la guerra del individuo contra las fuerzas coligadas del Universo; fué además la

política, formase, con un vigor que presagió los futuros sucesos, una humanidad cada vez más numerosa, entendida, resuelta y consciente, decidida a dejar al Estado las menos llaves posibles y hasta a suprimirlo para que no tenga ninguna.

Los que las vicisitudes presentes suman en la admiración al pasado, no cesan de repetir que la propiedad privada, el gobierno, la religión, la familia, la patria, han prestado a la humanidad los servicios más grandes; a creerlos, esos principios y esas instituciones dicen origen a todos los progresos realizados.

Importa poco que tal opinión sea exacta ó errónea. ¿Deberían, por pretexto de que los zapalitos resguardaron los diminutos pies del niño, aprisionar los del hombre con el mismo calzado?

La observación, establece que evoluciona todo. Propiedad, gobierno, patria, familia y las instituciones que pasaron, tuvieron su día en la historia. Adaptadas al desarrollo de entonces existieron, y debieron existir necesariamente. Pero es esto una razón para que estén conformes con los adelantos de hoy? El traje que viste un niño, no puede llevarlo un adulto.

Es: niño fue la humanidad: tendía instintivamente a la libertad. Hoy es adulto. ¿Deberá llevar aún, y siempre, mantillas y pañales, de que le fueron útiles en otro tiempo? Sus carnes son duras, sus miembros robustos, fuertes sus músculos; quiere andar sola, ir adonde le plazca, moverse según su fantasía. No quiere uno ya: no más tirano. (1)

Quiere hacer su voluntad, nada más que su voluntad, su voluntad completa. Desbordado de pasión el pecho, llena la cabeza de entusiasmos razonados, perdida la mirada en la contemplación de esplendores que entreeve, se dirige irresistible hacia la tierra prometida donde cada cual podrá vivir en la paz de su corazón y su conciencia, amante y amado, sin opresión y sin odio, sin envidias, sin trabas, con la radiación bienhechora de las pasiones satisfechas, con el afinamiento vigoroso de facultades duplicadas, en la expansión fecunda de originalidades y caprichos, con las suaves caricias de los sueños y las aspiraciones hacia lo sublime y el ideal, apaciguados los sentidos por las fiestas de la carne rehabilitada, ensanchado el cerebro por la ciencia fortificante, arrullado el oído por la vibración armónica de las cosas, el corazón henchido de amor al prójimo.

FIN

(1) En cuanto a esos que invocan la justicia y deslucen que propiedad, el Estado y gobierno son dos cosas justas, hasta para reducirlos al silencio se piden los que tienen la bondad de aspirar claramente respecto a ese orden de justicia, que benévolo me atribuya a dicho institución. Puede por el contrario establecerse que lo favorable a la felicidad universal, desde el punto de vista material, es que esos principios de propiedad privada y de gobierno, aunque en el pasado hayan estado mil veces conformes con los reglas de justicia, dejan de estarlo al presente, por ser hoy totalmente perjudiciales a la felicidad universal.